

# **SICARIO DE ALTAMAR**

**Historias de sangre**

—¡No debo estar acá! Dios sabe que soy incapaz de cometer delito alguno. Quiero demostrar ante los ojos de todos que soy inocente. Respondió con la voz afligida por el llanto contenido y la Beretta 92 apuntando a unos centímetros de la corteza prefrontal cerebral. Sí, la zona en donde el órgano rey almacena la memoria.

—¡Carajo, no lo hagas! ¡No seas huevón por la putamadre! Baja esa huevada y conversemos. ¡Demuestra que estamos equivocados y que eres inocente!

Estaba apoyado sobre las rejas de la carceleta, con una rodilla levantada. Las bolsas inferiores de los ojos hinchados, llenos de tristeza, desesperación y bucólica ira. Cavilaba. Morir sería en vano, totalmente descabellado. Se lo repitió infinidad de veces en espacios de microsegundos. Debía seguir vigente para demostrar las mentiras que se han tejido de él. Frustrado miraba al policía que minutos antes le había afanado su arma de reglamento. Adán solo atinó a bajar lentamente la pistola. La suerte estaba echada.

# **EL PESCADOR**



# 1

Dio un sorbo a la bebida helada rápidamente para luego hacer una larga e irritante pausa. Agitó los dedos sobre la mesa de madera creando un sonido similar al tropel de caballos. Se llevó la mano izquierda hasta el rostro y sobre la palma dejó caer el peso de su mejilla. Había mucha rabia contenida. Lo miró directamente a los ojos con una curiosa expresión en los suyos. Sintió que debía contarle la historia más miserable jamás contada. Se lo había prometido.

El cenicero tenía el cadáver de un cigarro mentolado que no quiso ser fumado. Aún humean, en silencio, sus huesos plomos de ceniza, tan frágiles capaces de deshacerse con el toque del viento o con los ecos del silencio de aquel eterno minuto. El único objeto que los

separaba a los dos era una botella de cerveza a punto de terminarse. Parecían dos bandoleros de alguna icónica película *western*.

—No sé si estés preparado para escuchar un pedazo del fragmento de mi vida. —dijo el Pescador.

La caja de Pandora, una vez abierta, sería imposible contener la ponzoña que destila a su paso. Atraviesa sin piedad tanto justos como pecadores. Arrasa como un sifón llevándose consigo la dignidad del emisor. Esto no era uno más de sus divertidas historias. El Pescador había macerado el contenido de sus palabras para el lecho de su muerte, pero sintió esa necesidad de anticiparlo todo.

Era casi una presencia fantasmal. Nadie conocía su historia. Nadie conocía su nombre. Era un peruano tragado por el olvido. Nadie podía deducir el pueblo de origen de este misterioso personaje. No se sabía nada, excepto que si necesitabas ayuda, siempre podías contar con él. Si necesitabas una mano franca, el Pescador se convertía en un aliado incondicional.

—No creo que necesite estar preparado — contestó Rubén— Tengo cierto recorrido, creo que lo

suficiente, como para ser sorprendido por la historia de un hombre. No te ofendas, Pescador, pero a estas alturas del partido nada me conmueve. Mucho menos llama mi atención. —continuó desafiante con una sonrisa creída, altanera en su rostro, conforme se llevó lentamente el vaso para beberse el espumante trago.

El Pescador lo miró directo a los ojos. “Jamás ha leído nada similar a lo que le contaré” —pensó.

—Yo creo que será mejor si te pides un par de cervezas más, porque mientras mantengas mi vaso lleno, podrás ser el primer hombre en medio de toda esta mierda, que sepa la historia desgraciada del tipo apodado el Pescador... Porque esa es mi vida... ¡Una desgracia!

—¡Lucía! ¡Lucía! — Rubén levantó el brazo izquierdo haciendo una seña y acompañó su efusividad con un estruendoso silbido. — ¡Tráeme dos cervezas más y un par de cigarros! Hoy se bebe como Dios manda, carajo... ¡Vamos a brindar por la desgraciada vida de mi amigo!

No se le veía muy convencido. El Pescador estaba inquieto y sus manos sudorosas hacía difícil volver a la

calma. Sabía que una vez que diera a conocer su intención de contar el mayor de sus secretos, nada calmaría las tempestades que revolvía su conciencia. Puso ambas manos sobre el madero marcado por las huellas de los vasos escurriendo agua. Las botellas llegaban y llenaban parcialmente la mesa, las otras esperaban ser llevadas al depósito a empolvarse entre cajas desoladas e historias enmudecidas. Silenciadas. Vilmente calladas.

—Pescador, es un gusto beberme un trago por enésima vez contigo. Y, como todas las veces, lo que se cuenta en esta mesa, acá muere. Ya mañana no me acuerdo.

Sirvió cerveza en ambos vasos. Cada quien tomó el que le pertenecía. Elevaron los vidrios semillenos y brindaron como todo el mundo ¡Salud!

—Debo estar loco para romper mi silencio. — habló sumergido en sí y viendo el pucho de cerveza que se escurría por el envase vacío de licor amargo— Pero si me atrevo a esto —prosiguió— es porque durante todo el tiempo que nos conocemos nunca me has fallado, y me has cuidado la espalda en muchas veces, solo por ello,



creo que mereces conocer un poco de mí. Te los has ganado, aunque siento que después, quizás, tu perspectiva y tu forma de verme cambie.

—Tranquilo. Eso no pasará, siempre serás mi amigo y puedes contar con mi lealtad. Deja de lado la introducción y sorpréndeme con tu historia. —le respondió al Pescador, mirándolo a los ojos mientras sostenía el vaso.

No dejaba de abrir las pestañas, para luego cerrarlas de golpe. Repetía incesantemente ese tic nervioso. Sentía un nudo en la garganta que le impediría modular. Tenía un miedo maldito. Un miedo macerado de odio y traición. Contar una parte de su pasado, es revivir las emociones con las que lucha cada noche antes de dormir. Es devolverle la vida a las imágenes que atormentan sus sueños, convirtiéndose en pesadillas. Convive con una tormentosa sensación que, a solas, bajo la luz de la luna, lo sumerge en un profundo abismo de desesperación. Pero, en su corazón, es inquietante la oportunidad que tiene de desahogarse. Suspiró.